

LA GUÍA DEFINITIVA PARA VIVIR
TU VIDA AL MÁXIMO



CÓMO VIVIR CON



HORAS
AL DÍA



ARNOLD BENNETT

DIANA

I
EL MILAGRO DE
CADA DÍA

DIANA

«Es uno de esos hombres incapaces de arreglárselas por su cuenta, ya le digo. Buena posición social. Ingresos regulares, incluso tiene de sobra para uno que otro capricho, además de para cubrir sus necesidades. No especialmente derrochador, e incluso así, siempre está en apuros; por alguna razón, no logra que el dinero que tiene le rinda. Un piso excelente... ¡medio vacío! Siempre da la impresión de que se lo han saqueado hace nada. Viste traje nuevo... ¡con un sombrero ajado! Una magnífica corbata... ¡y unos pantalones que le quedan como un par de sacos!

Un buen día le invita a cenar y ¿con qué se encuentra usted en la mesa? Cristalería tallada... ¡junto a un gran cordero!, o café turco... ¡en una taza desportillada! Y él no logra entender qué es lo que pasa, cuando la explicación es bien simple: este hombre desperdicia cuanto gana. ¡Ojalá tuviese yo siquiera la mitad! Ya vería entonces...».

En una u otra ocasión casi todos hemos criticado a alguien que vive esta vida, con ese aire de superioridad que tiene. Personas que viven llevadas por el orgullo del momento, y frente a quienes nos sentimos poco menos que ministros de Economía.

Los periódicos vienen colmados de artículos donde le explican cómo vivir con tal o cual cantidad de dinero, y el aluvión de respuestas que originan es prueba fidedigna del interés suscitado. No hace mucho, uno de estos periódicos fue testigo de una encarnizada batalla en torno a la cuestión de si una mujer puede llevar una vida digna en el campo con 85 libras al año. Incluso he visto un ensayo titulado «Cómo vivir con ocho chelines a la semana», pero jamás me he topado con uno que diga «Cómo vivir con veinticuatro horas al día». Y pese a ello, siempre se ha dicho que el tiempo es oro; un proverbio que se queda bien corto. El tiempo vale muchísimo más que el oro. Si dispone de este tiempo, entonces por lo general se sabe que deberá llenar la billetera. Pero, aunque tuviese todas las riquezas de un guardarropa del Hotel Carlton³, no podría adquirir para usted ni un minuto más de tiempo que el que me ha sido concedido a mí o al gato que duerme en mi hogar.

Los filósofos han explicado el espacio, mas no han hecho lo propio con el tiempo: la inexplicable materia prima

3 Uno de los hoteles más lujosos de Reino Unido, cinco estrellas.

de cuanto existe. Con él, todo es posible; sin él, nada. El abastecimiento de tiempo constituye en verdad un milagro diario, un asunto realmente asombroso si nos detenemos a examinarlo. Se despierta usted por la mañana y he aquí que, como por arte de magia, ¡su cartera está llena con veinticuatro horas del tejido virgen de su universo particular! ¡De su vida! Es todo suyo. Es la más preciada de las pertenencias; un singularísimo que le llueve encima de un modo tan singular como el bien mismo.

¡Pero la cosa no acaba ahí! Nadie puede arrebatárselo: es irrobable. Ni tampoco existe persona alguna que lo reciba en mayor o menor cuantía que usted.

¡Para que luego hablen de la democracia ideal! En el reino del tiempo no hay aristocracia de la riqueza ni del intelecto. La genialidad no se ve premiada ni siquiera una hora extra al día. Tampoco existe el castigo. Despilfarre este preciosísimo bien suyo todo lo que guste, que nunca se le privará de él. Ningún misterioso poder sentenciará: «Este hombre es un necio, por no decir un deshonesto. No merece el tiempo. Séale cortado el suministro». Resulta más seguro que los bonos perpetuos, y su cobro es posible incluso en domingo. Además, no puede usarlo de antemano. ¡Imposible endeudarse! Tan solo puede malograr el momento presente; no puede derrochar el mañana, ni la próxima hora: ambos quedan a buen recaudo.

Le decía que se trataba de un milagro. ¿Acaso no lo es?

No le queda a usted más remedio que vivir con veinticuatro horas al día. Con ellas debe gestionar su salud, placer, dinero, contento, respeto y el cultivo de su alma inmortal. Su correcto y óptimo aprovechamiento es asunto de la máxima urgencia y la más viva entidad. Todo depende de ello; su felicidad —¡el escurridizo premio al que todos tratan de llegar, amigos míos!— depende de ello. ¡Cuán insólito es que los periódicos, por lo demás tan innovadores y al día, no vengan repletos de ganchos del tipo «Cómo vivir con determinados ingresos de tiempo», en lugar de «Cómo vivir con determinados ingresos de dinero»! El dinero abunda mucho más que el tiempo. Bien mirado, salta a la vista que el dinero es quizá lo más común que pueda haber. El mundo entero está repleto de él.

Si uno no se ve capaz de ingeniárselas para vivir con cierta cantidad de dinero, intenta ganar un poco más, ya robando o sonsacándolo. La vida no pierde su rumbo por no poder componerla con mil libras al año; uno le echa empujes, convierte las libras en guineas y cuadra las cuentas. Pero si no puede arreglárselas con unos ingresos de veinticuatro horas al día para cubrir todas las oportunas partidas de gasto temporal, entonces sí que está metido en un gran problema. La provisión de tiempo, si bien es de una regularidad gloriosa, está cruelmente racionada.

¿Quién de nosotros vive con veinticuatro horas al día? Y cuando digo vive no me refiero a que subsiste o que hace lo

posible para lograrlo. No. ¿Quién de nosotros no tiene la inquietante impresión de ser víctima de un perpetuo desfalco horario? ¿Quién de nosotros podría jurar que su prolijo traje no está coronado por un sombrero viejo y descolorido, o que por prestar atención a tener una vajilla fina no ha descuidado la calidad del alimento? ¿Quién de nosotros no se dice a sí mismo... o mejor dicho, quién de nosotros no lleva toda la vida diciéndose: «Tengo que solucionar esto en cuanto tenga algo más de tiempo»?

Jamás tendremos más tiempo. Tenemos y siempre hemos tenido todo el tiempo que hay. La comprensión de esta trascendente y olvidada verdad —que, dicho sea de paso, no pretendo haber descubierto— es lo que me ha animado a abordar el minucioso estudio práctico del uso cotidiano del tiempo.

II

EL DESEO DE SUPERACIÓN

DIANA

«Pero ¿a qué viene eso de las veinticuatro horas al día?», me preguntará quizás alguien, haciendo gala de ese refinado desdén inglés por los circunloquios. «A mí no me supone ningún ahogo vivir con veinticuatro horas al día. Me bastan para hacer todo cuanto quiero, e incluso encuentro tiempo para participar en los sorteos que organizan los periódicos. Cuando se es consciente de que el día no contiene más que veinticuatro horas, ¡tampoco cuesta tanto darse por satisfecho con esa cantidad!».

Caballero, le ruego acepte mis disculpas: es usted, ni más ni menos, el hombre que durante cuarenta años he estado deseando conocer. ¿Sería tan amable de facilitarme su nombre y su dirección, así como el precio por revelarme su secreto? Es usted quien debería estar ilustrándome a mí y no al revés. Por favor, no se esconda. Mi desgracia es que todavía no se hayan cruzado nuestros caminos, puesto que de su existencia no me cabe duda. Con todo, y mientras

aguardo el día de nuestro encuentro, permítame que continúe con este coloquio entre mis compañeros de infortunios: esa inconmensurable congregación de almas angustiadas —con mayor o menor pena— por la sensación de que los años se les escapan y escapan sin que hayan logrado aún poner orden en sus vidas.

Si analizamos dicha sensación comprobaremos que, en esencia, se trata de una de inquietud, de expectación, de anhelo, de apetencia. Es fuente de constantes desvelos, pues devora todos y cada uno de nuestros deleites como un banquete en un festín. Vamos al teatro y reímos, pero durante los entreactos adivinamos su dedo delgado apuntando contra nosotros. Salimos a toda prisa para no perder el último tren y, mientras nos congelamos en el andén a su espera, este eterno acompañante pasea sus huesos a nuestro lado y nos interroga: «Oh, pobre hombre, ¿qué has hecho con nuestra juventud? ¿Qué estás haciendo con el tiempo que se nos ha sido dado?».

Podría argumentar usted que esa sensación de anhelo, de apetencia, no es sino parte inseparable de la propia vida. ¡Cierto! Pero también en esto hay matices. Quizás un hombre desee ir a La Meca. Su conciencia le exige ponerse en marcha, y así partirá, sea con la ayuda de la Agencia Cook⁴ o por su cuenta y riesgo. Tal vez nunca alcance su

4 Agencia de viajes, Thomas Cook & Son, considerada la primera de la historia.

destino. Puede que perezca ahogado antes incluso de llegar a Puerto Saíd,⁵ que encuentre su infeliz final frente a las costas del mar Rojo. Acaso su afán permanezca frustrado por siempre y esta aspiración malograda prive de sosiego a su espíritu. Y, aun así, su tormento nada tendrá que ver con el de aquel hombre que, deseoso de visitar La Meca, acosado por el ansia de encaminarse allí, jamás abandona Brixton⁶.

Ya es algo haber abandonado Brixton. La mayoría de nosotros nunca lo hemos hecho. Ni siquiera nos hemos molestado en tomar un taxi hasta Ludgate Circus⁷ para averiguar en la Agencia Cook sobre el precio de un viaje organizado. Y la excusa que nos damos a nosotros mismos es que el día tan solo tiene veinticuatro horas.

Creo que, si examinamos más a fondo esta necesidad imprecisa y mortificante, descubriremos que surge de una idea firmemente asentada: es nuestro deber hacer algo además de todo aquello que, por lealtad y principios, ya estamos forzados a hacer. Tenemos la obligación, expresa o no, de velar por nuestra propia salud y bienestar —sin

5 Puerto Saíd es una ciudad portuaria al nordeste de Egipto y capital de la gobernación homónima.

6 Brixton es un distrito de Londres perteneciente a la delegación de Lambeth, en el sur de Londres.

7 Ludgate Circus es un cruce de carreteras en la ciudad de Londres donde Farringdon Street/New Bridge Street cruza Fleet Street/Ludgate Hill.

olvidar los de nuestras posibles familias—, de saldar nuestras deudas, de ahorrar y de acrecentar nuestra riqueza con la mejora de nuestra eficiencia. ¡Empresa bien compleja! ¡Empresa de la que muy pocos de nosotros salimos victoriosos! ¡Empresa que a menudo nos viene demasiado grande! Y, pese a ello, incluso si nuestros esfuerzos dan sus frutos —como a veces ocurre—, no acabamos de sentirnos satisfechos: el cuerpo sigue ahí.

Y hasta cuando comprendemos que la empresa nos viene grande, que excede nuestras facultades, de algún modo intuimos que nuestra aflicción no sería tanta en caso de sobrecargarnos con incluso una tarea más.

Tal es nuestra naturaleza: la pretensión de alcanzar algo más allá de lo oficial es común a todos los hombres que, con el transcurso del tiempo, han evolucionado por encima de cierto nivel. Mientras no luchemos por saciar ese deseo, la sensación angustiosa espera por algo que no llega a ocurrir y seguirá perturbando la paz de nuestro espíritu.

Dicho anhelo ha sido llamado de muchas formas. Es una manifestación de la universal ambición de conocimientos, y tan poderoso como para que hombres que han dedicado su vida entera a la incesante adquisición de saberes se sientan empujados a rebasar los límites de su agenda en busca de más y más. Incluso Herbert Spencer —en mi opinión, el más privilegiado cerebro que jamás haya

existido— se veía con frecuencia arrastrado por él en distintos recovecos para la indagación.

Me imagino que para la mayoría de la gente consciente de su deseo de vivir —en otras palabras, gente con curiosidad intelectual—, este afán por superarse se materializa en forma de su gusto por las letras, es decir, les agradaría embarcarse en todo un mundo de lectura. Sin lugar a dudas, Gran Bretaña se está volviendo cada vez más literaria. Pero, querría advertir que la literatura no engloba la totalidad del saber humano, ni mucho menos, y que el apremiante hambre de mejora personal —de ampliación de conocimientos— bien se puede aplacar sin recurrir a ella. Más adelante trataré los diversos remedios para dicho hambre. Aquí simplemente quiero recalcar a aquellos que no sientan una predilección natural por la literatura que esta no es el único pozo del que beber.

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



PlanetadeLibros